

# Dios y el cristiano en tiempos de COVID

(o en cualquier otra crisis existencial)

Francisco García Martínez\*

*“Alcanzados por el toque de Dios en la cruz y resurrección de Jesús, fuente de vida victoriosa y segura, podremos recorrer el oscuro camino de la prueba y convertirlo en escuela de fe y de caridad, fuente de amor que libera”<sup>1</sup>*

La pandemia que estamos sufriendo con mayor o menor virulencia en nuestras vidas, y que afecta al mundo entero, nos ha empujado a un desierto que nuestra sociedad tecnificada del bienestar creía poder evitar, al menos en algunas de sus franjas sociales. La extensión y gravedad no solo médica, sino también económica ha provocado una serie de adjetivaciones como “única”, “nueva”, “distinta”, “desconocida”, hasta llegar a calificarla, en algunos casos, como “la mayor catástrofe que hemos conocido”. Sin embargo, el lector de la Escritura y también el de la historia sabe que no hay “nada nuevo bajo el sol” (Eclo 1,9).

Hay estudios que dicen que la mayor parte de la población española hemos sufrido en este tiempo episodios de stress, de depresión, de angustia en porcentajes significativos. Según el CIS, el 35,1% de los espa-

---

\* Francisco GARCÍA MARTÍNEZ, Decano de la Facultad de Teología de la UPSA  
<http://www.entretiempodefe.es/curriculum.htm>

<sup>1</sup> B. Forte, “La fe en el Dios de Jesucristo y la pandemia”, en: W. Kasper - G. Augustin, *Dios en la pandemia. Ser cristianos en tiempos de prueba*, Maliaño 2020, 43.

ños ha llorado por la situación actual. Pero uno se pregunta por qué no llorábamos antes. Más aún, si de facto muchos de nosotros, sobre todo la franja social ‘escandalizada’ con la situación, no vivíamos en el distrito 13 de *Panem*<sup>2</sup>. Esto significa que dichas adjetivaciones dependen no solo del hecho, sino de la vivencia subjetiva del mismo.

Acerquémonos, por un momento, a algunos acontecimientos de la historia que provocaron o han provocado anteriormente crisis radicales.

En el año 587 las tropas de Nabuconodosor entraron a sangre y fuego en Jerusalén no solo saqueándola, sino asesinando y destruyéndola de tal forma que Jeremías, hundido, describe el suceso diciendo: “Mis ojos se deshacen en lágrimas, de día y de noche no cesan por la terrible desgracia que padece la doncella, hija de mi pueblo, una herida de fuertes dolores. Salgo al campo: muertos a espada; entro en la ciudad: desfallecidos de hambre; tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país” (14, 17-18). Todo queda destruido, no solo los edificios y los cuerpos violados y masacrados, sino la misma identidad del pueblo y su esperanza. El sinsentido lo ocupa todo. Unos dos mil quinientos años más tarde esta destrucción sobre el pueblo judío se repite radicalizándose, de tal forma que la palabra catástrofe ha quedado unida a esta situación como a su analogado principal: la Shoah. Cuando se habla de incertidumbre como una de las experiencias que ha configurado la situación bajo el COVID: ¿Me contagiaré?, ¿perderé mi trabajo?... esta incertidumbre apenas tiene parangón con aquella que vivieron millones de judíos esperando ser visitados para trasladarlos a guetos y luego a campos de concentración y exterminio. ¿Cuál era la tasa de incidencia de esta situación cuando por ejemplo de 300.000 judíos que vivían en Varsovia apenas quedaron unos cientos?

En el mes de abril de 1994 durante el genocidio de Ruanda fueron asesinados entre 800.000 y 1.000.000 de tutsis, a lo que habría que añadir los miles de mujeres violadas en ese mismo acontecimiento, una gran parte de forma salvaje en las calles a machetazos. ¿Podemos imaginarnos el stress de los que apenas podían huir o esconderse, la depresión de los que quedan?

---

<sup>2</sup> Este distrito es el que dirige los destinos de la humanidad en la saga de Los juegos del hambre. La saga muestra una humanidad empobrecida y a la que se le roba el futuro para sostener la buena vida del distrito 13. El lema que ha impuesto este distrito para todo Panem (nombre derivado de panem et circenses) es: Panem hoy, Panem mañana, Panem por siempre.

Aunque no hay que irse tan lejos para ver que esta situación pandémica actual no es el centro del sufrimiento, aunque agrave todos los sufrimientos. A la pregunta que hace poco se le hacía sobre la pandemia a monseñor Jesús Ruiz, nombrado recientemente obispo de M'baiki (Centroáfrica), respondía:

“En este país nadie lleva mascarilla ni guarda las distancias de seguridad. Lo del COVID no es la gran preocupación de nuestro pueblo pues hay otras pandemias mucho más reales en la vida cotidiana, como son la guerra, el hambre, el analfabetismo, el paludismo o la malaria, el Sida... Estas pandemias sí que matan a nuestro pueblo”<sup>3</sup>.

En 2017 los soldados birmanos empujaron a la población Rohingya hacia Bangladés creando, con los expulsados o huidos por miedo en anteriores crisis, el mayor campo de refugiados del mundo con alrededor de un millón de personas sin futuro previsible. ¿Podríamos imaginar qué entienden ellos por incertidumbre o lo que para ellos es ya una certeza: su falta de futuro?

Para cualquiera de nosotros, estas situaciones no son significativas pues son vistas como externas a nuestro propio entorno vital, inimaginables en él. Ahora bien, esto no solo pasa con situaciones sociales, sino con situaciones personales que sentimos en general lejanas como, por ejemplo, la posición existencial a la que son arrojados los que sufren enfermedades raras, ELA o alzhéimer... y que apenas son significativas o casi invisibles para los que no las tenemos al lado. Por no hablar de los ancianos, cuya dignidad reivindicamos escandalizados por lo que ha sucedido en las residencias, como si hubieran sido un foco de atención realmente significativo de nuestra sociedad.

La idea que quiero transmitir es que una gran parte de nuestra crisis psíquica y espiritual proviene de la situación de bienestar en la que vivíamos y que nos protegía de una verdad radical de la vida. Más aún, una situación que nos ha inmunizado en exceso contra la compasión generando una indiferencia, que se ha vuelto contra nosotros, porque nos ha dejado sin armas para acoger nuestra propia pobreza existencial que se nos ha impuesto con el COVID.

Esta es la razón por la que no hay que ir demasiado deprisa para afrontar esta situación a través del tópico de la pregunta por la presencia

---

<sup>3</sup> Cf. [https://www.religiondigital.org/non\\_solum\\_sed\\_etiam\\_-\\_el\\_blog\\_de\\_txenti/Fran-cisco-Monsenor-Jesus-Ruiz-Molina-Centroafrica\\_7\\_2321537832.html](https://www.religiondigital.org/non_solum_sed_etiam_-_el_blog_de_txenti/Fran-cisco-Monsenor-Jesus-Ruiz-Molina-Centroafrica_7_2321537832.html) (11-03-2021).

de Dios en ella o su abandono, pues demasiadas veces esa pregunta es retórica y solo encubre el deseo de una vida que parecía darse por descontada: la vida que tantos vivíamos bajo la sociedad de un bienestar excesivo, protegido y autocomplaciente. Aunque también es verdad, es lo que tiene nuestra sociedad cada vez más fracturada socioeconómicamente, que la misma pregunta puede escucharse en boca de los que han sido golpeados cuando ya lo estaban siendo: ¿Por qué el peso de estas situaciones termina por hacer más pobres a los pobres, más sufrientes a los sufrientes, más olvidados a los olvidados?<sup>4</sup>. La referencia a Dios desde la pandemia, por tanto, no se resuelve sin más con la pregunta que nosotros le dirigimos pidiéndole cuentas: ¿Dónde estás?, ¿por qué nos has abandonado?; sino que acoge igualmente la pregunta que él nos dirige: “Adán, ¿dónde estás?, ¿por qué te escondes de mí? ¿dónde está tu hermano?”

Cuando la pregunta a Dios surge con verdad, curiosamente no suele crear una distancia con Dios empujando al ateísmo, sino reconociendo esta distancia se llega a manifestar como último anclaje de la relación, lugar donde esta se sostiene mientras en el abismo último alcanza a brotar una esperanza, y la fe queda elevada y purificada definitivamente. Pero no nos adelantemos.

## **La revelación del cristianismo vivido**

La situación vivida bajo la pandemia como contexto para pensar la verdad de Dios y su presencia salvífica, tal y como es presentada por la predicación cristiana, nos lleva a proponer una primera afirmación de fondo. El cristianismo no es una religión de consuelo que ofrece solución a los problemas de la vida o una explicación para los mismos. Pero se puede llevar la afirmación más allá y criticar la reducción de la religión a una función de consuelo transcendente al final de la vida vaciándola de sentido en sí misma<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> José M<sup>a</sup> Vera, director ejecutivo de Oxfam Internacional, reflexiona sobre la radical diferencia de consecuencias del COVID para los diferentes grupos humanos en “El virus de la desigualdad y la pandemia de la pobreza”, Papeles 254. Cristianismo y justicia, septiembre 2020 (<https://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/pdf/papes254.pdf>).

<sup>5</sup> En este sentido dice Walter Kasper recogiendo este tipo de argumentación, quizá verdadera, pero limitada: “Esta religión aburguesada liberal no puede ofrecer más que un consuelo desconsolado. En ella la religión y la fe no tienen valor propio; están funcionalizadas y acaparadas” (“El coronavirus como suspensión: suspensión y salida”, en: W. Kasper-G. Augustin (eds.), Dios en la pandemia..., 24-25).

El cristianismo es una religión de salvación dramática, una propuesta de vida que lleva al ser humano hasta el límite de la angustia en vez de protegerle de ella, que obliga al creyente a afrontar y cargar con su propia cruz, e incluso con la de los demás. Es allí, en el límite imposible de sobrepasar por el hombre, donde se le ofrece una compañía salvífica paradójica, la compañía de alguien que está en angustia como él, pero que a la vez está lleno de vida, una vida que le ofrece como lugar de verdad propia. Pero, ¿quién querría adentrarse a este lugar oscuro del que todos huimos? Pascal expresaba la necesidad de afrontar esta situación y el rechazo del ser humano a hacerlo cuando afirmaba que “la infelicidad del hombre se basa solo en una cosa: que es incapaz de quedarse quieto en su habitación”<sup>6</sup>, o lo que es lo mismo, la huida a través del divertimento, hacia todo lo que le hace olvidar su verdad, su pobreza existencial y su destino trascendente.

En la confrontación de Kierkegaard con la Iglesia danesa de su tiempo este fue quizá el nudo gordiano de tensión. El filósofo denunciaba la prisa del obispo por sacar de la angustia a los creyentes con un consuelo que no asumía la radicalidad de la vida y, por tanto, del cristianismo como oferta salvífica. Solo en la angustia, pensaba, conocemos quién somos. Solo en ella encontramos el camino de la salvación<sup>7</sup>. Parece afirmar que no hay experiencia de la salvación y consuelo sino al contacto con el abismo de la desesperación<sup>8</sup>. Este abismo de desesperación no es

---

<sup>6</sup> Pascal en el fragmento 139 de sus pensamientos afirma explicando esta afirmación, que el confinamiento ha desvelado en toda su crudeza, que “el ser humano al no ser capaz de tener una vida interior, una intimidad o vida contemplativa que le llene de sentido, sale a buscar algo que llene el vacío de su alma, a veces con violencia o descuido, y más comúnmente persiguiendo divertimentos, estímulos y posesiones materiales”. Por el contrario, había dicho antes: “La grandeza del ser humano consiste en su habilidad de conocer su miseria” (Fragmento 105).

<sup>7</sup> “No hay más que una vida desperdiciada, la del hombre que vivió toda su vida engañado por las alegrías o los cuidados de la vida; la del hombre que nunca se decidió con una decisión eterna a ser consciente de en cuanto espíritu, en cuanto yo; o, lo que es lo mismo, que nunca cayó en la cuenta ni sintió profundamente la impresión del hecho de la existencia de Dios y que «él», él mismo, su propio yo existía delante de este Dios, lo que representa una ganancia infinita que no se puede alcanzar si no es pasando por la desesperación” (*La enfermedad mortal*, Madrid 2008, 48).

<sup>8</sup> En el ámbito de la espiritualidad monástica del s. XX ha sido el archimandrita Sofronio quien ha popularizado un dicho del starets Silvano del Monte Athos como itinerario creyente hacia la salvación, que no es muy lejano en su intuición: “Permanece en el infierno y no desespere”.

sino la experiencia de nuestra propia relatividad, de la nada que nos habita y que está habitualmente oculta por los movimientos de nuestra existencia.

Veamos, a través de tres figuras ejemplares en este camino que atraviesa la angustia, la oscuridad, para en ella recibir una luz de salvación en el espacio restringido de un mundo reducido a una habitación desértica. Nos referimos a Job, Juan de la cruz y Dietrich Bonhoeffer.

El primero, Job, permanece encerrado en la habitación destruida de su propio cuerpo. Solo incomprendido por unos amigos que comienzan el camino llorando con él y haciendo silencio, pero que mostrando una fe que no sabe integrar el drama de la vida, terminan por ser impertinentes y ocultar el verdadero camino hacia Dios<sup>9</sup>. La queja se muestra como camino hacia Dios. Se trata de una queja casi blasfema que, paradójicamente, es rechazada por Dios en sus contenidos a través de preguntas que reducen a Job a su lugar creatural (Job 38 1,1ss) y, a la vez, es acogida como palabra verdadera hacia él (Job 42, 7). Es en ese momento, antes de que el libro se cierre casi como un cuento de hadas, cuando Job sin ser curado se sabe salvado<sup>10</sup>.

La habitación de san Juan de la Cruz es la celda, realmente un zulo, donde sus hermanos de orden le retienen quedando como José o Jeremías abandonado casi a la muerte, si no física, muy cercana, sí de su vocación y, de esta manera, de su identidad. Es en esta habitación llena de angustia, en medio de la debilidad física extrema, de la suciedad y del desprecio cuando el anhelo de vida se le regala como experiencia de Dios mismo, tal y como deja constancia el *Cántico espiritual* y otros poemas que compuso allí mismo en su estructura básica<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> Merece la pena leer la revisión literaria que ha ofrecido Fabrice Hadjadj de este conflicto en Job o la tortura de los amigos, Madrid 2015.

<sup>10</sup> Es especialmente testimonial, en este sentido, la última conferencia del padre Joseph Caillot, sacerdote eudista y profesor en el Instituto Católico de París, el martes 5 de noviembre de 2002, titulada *El coraje del abandono*, donde con 54 años y una seria limitación por ELA, testimonia su camino personal hacia la muerte en una dependencia cada vez más fuerte. Murió al año siguiente. Su reflexión termina así: “En fin, coraje del abandono o no, lo que nos queda es la alegría de Amar y de ser Amados” (Cf. <http://kubaba.univ-paris1.fr/divers/caillot.pdf>)

<sup>11</sup> Puede leerse el relato, más o menos novelado de los hechos, que hace Carlos Ros en *Juan de la Cruz, celestial y divino*, Madrid 2011, 209-231. Para una presentación proveniente de autores especializados ver “Noche oscura. Transfiguración en Toledo”, en Federico Ruiz (dir.), *Dios habla en la noche. Vida, palabra, ambiente, de san Juan de la Cruz*, Madrid 1990, 157-188.

Finalmente Bonhoeffer, encerrado en la prisión de Tegel y reflexionando sobre la situación de soledad del creyente en un mundo donde Dios apenas si parece manifestarse, encuentra en la celda una presencia inexplicable que le sostiene sin que él mismo haga pie en ella, tal y como queda reflejado en la profunda oración *Reina en mí la oscuridad...* que describe su propia experiencia de angustia en la que Dios se revela como salvador sin modificar la situación exterior<sup>12</sup>.

El último testimonio es el de Eloi Leclerc. Su habitación restringida es un vagón en el que amontonado con gente desconocida y junto con otros jóvenes franciscanos es conducido a finales de la guerra hacia un campo de exterminio. Las condiciones son extremas: hacinamiento, hambre, muertos, desprecio.

“Esta inundación de sufrimientos –comenta– nos sumerge en una agonía extrema [...] El hombre, un ser que creíamos hecho a la imagen de Dios, nos parece un ser irrisorio, sin valor, sin apoyo, sin esperanza: un ser a merced de un remolino de fuerzas que se burlan de él, o, mejor le ignoran [...] Y un gran vacío se abre ante nosotros: la sinrazón del hombre y la inexistencia de Dios [...] Es negra la noche de nuestra alma. Y, sin embargo, cuando en la mañana del 26 de abril uno de nosotros se haya en las últimas y la luz de su mirada casi nos ha dejado, lo que sube del corazón a los labios no es un grito de desesperación, ni de rebelión, sino un canto, el canto de alabanza, el Cántico del sol de Francisco de Asís [...] Este canto brota espontáneamente de nuestra noche y de nuestro despojo como único lenguaje a la medida de las circunstancias”<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> “¡Oh Dios! A ti te invoco al inicio del día./ Ayúdame a orar/y a concentrar mis pensamientos en ti;/no lo logro por mí mismo./ Reina en mí la oscuridad/pero en ti está la luz;/estoy solo, pero tú no me abandonas;/estoy desalentado, pero en ti está la ayuda;/estoy intranquilo, pero en ti la paz;/la amargura me domina, pero en ti está la paciencia;/no comprendo tus caminos, pero/tú sabes el camino para mí” (*Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*, Salamanca 2008, 105). De manera muy sugerente la película *Bonhoeffer, Agente de Gracia*”, dirigida por Eric Till, reconstruye el contexto de esta oración escrita en la navidad de 1943 para los compañeros de cautiverio. Poco antes de morir escribía: “Nuestra alegría se oculta en el dolor, nuestra vida en la muerte” (Citado por E. BETHGE, *Dietrich Bonhoeffer. Teólogo-cristiano-hombre actual*, Bilbao 1970, 1245).

<sup>13</sup> El cántico de las criaturas, Oñate 1988, 264-265 (Merece la pena leer todo el capítulo: “El lenguaje de la noche del alma”, 257-267).

Estas experiencias, que se dan de manera sencilla y oculta en muchos cristianos, dan un tono a la fe, a la lectura de la Escritura o a la vivencia de los sacramentos y las relaciones, que sin aportar realmente contenidos nuevos los llenan de significación haciéndolos reales en su verdad última. Por eso es tan difícil explicitar contenidos aportados por estos autores o experiencias, y a la vez, por eso mismo, estos creyentes aparecen como referentes de la fe. Con esta afirmación pasamos al siguiente momento de nuestra reflexión donde nos preguntaremos por la imagen cristiana de Dios que estos autores confirman y el proceso de acceso a ella.

### **Dios en sus fases creaturales**

¿Qué es Dios cuando parece que no es nada para nuestros sentidos? Esta es la pregunta que se hace densa cuando el referente primario de la presencia de Dios, nuestra propia existencia histórica y sus bienes en cuanto dados, parece deshacerse. Este es el contenido radical de la pregunta contenida en el grito de Jesús en la cruz: ¿por qué me has abandonado?; que recoge el grito de la entera creación en su agonía. Sin embargo, si es verdad que Dios parece desaparecer en estos momentos, también lo es que se hace mucho más presente en cuanto vacío en la propia vida, ya que fácilmente en cualquier otro momento se tiende a confundirle con la propia vida recibida. Como decía de manera provocativa un conferenciante: “a veces confundimos a Dios con nuestra buena salud”, es decir, lo hemos reducido a sus dones. En uno y otro caso, ¿cuáles son las características de Dios tal y como es presentado por la experiencia cristiana? Quizá podríamos resumirlas en tres:

- Dios es *creador*, es la fuente escondida, el reverso inasible que suscita y sostiene la creación sin pertenecer a ella, su fondo generativo, luminoso en su obra y oscuro en el misterio de su identidad, pues no se puede identificar con una parte de la propia creación. Así pues, su presencia es siempre cercana y a la vez siempre inasible. Es esta primera característica de Dios la que hace que la fe lo identifique en primera instancia a través de la exuberancia creatural, de la vida y sus bienes.
- En segundo lugar, Dios es *compañero*, en el sentido de que acompaña el camino de la historia a través de una presencia guía, que la conduce para que esta no se pierda. Ahora bien, esta presencia

no se puede identificar sin más con acciones puntuales, sino se da en el ofrecimiento de una palabra que se va revelando en situaciones históricas y que coincide finalmente con la vida histórica de Jesús, y que cuando es aceptada revela la constitución más propia de lo humano. Por eso Dios no puede reducirse sin más a un tú relacional como lo somos unos para otros, sino que se manifiesta a la vez como una presencia conformativa. Por eso, esta presencia no se reconoce solo o especialmente en experiencias excepcionales, sino que se deja sentir en cuanto conforma la vida del que la recibe. Por eso Dios se hace presente como compañero en el misterio de la Palabra que se nos da para conformar nuestra vida y en aquellos que conforman su vida con ella convirtiéndose en su imagen representativa.

–En tercer lugar, Dios es *protector* frente al caos que habita el mundo. Dicho de otro modo, el mundo es finito y, además, está configurado transversalmente por la acción del mal. Esto supone que todo pasa, que todo muere, y que incluso lo mejor está afectado por la destrucción natural que supone la muerte o antinatural que impone el mal. En este contexto Dios se presenta al creyente como fuerza de amor escatológica que misteriosamente somete a la creación y a la historia a un movimiento de plenitud que supera la muerte y el mal, como ha quedado manifiesto en la resurrección de Cristo, punto omega de la realidad.

Pues bien, como creo que se deja ver en la enumeración de estas características, la vida cristiana contiene en su propio interior la experiencia de la no coincidencia entre Dios y el mundo, incluso cuando la presencia de este es especialmente exuberante. Solo la fe, el amor y la esperanza alcanza a reconocer su verdad y su presencia. Y, aunque parecería más fácil de aceptar cuando la creación aparece llena de vida y bondad, cuando la vida da de sí en sus posibilidades santas y sobrepasa en determinados momentos circunstancias adversas, la reducción de la fe a esta experiencia la debilita, pues la deja desamparada a la hora de afrontar la lógica de la finitud y el mal se imponen históricamente llevando al creyente a experimentar la relatividad y la nada que habita al ser creado.

Es esto lo que podríamos, utilizando el símil de las fases de la luna, fase cuaresmal de Dios. Esta es identificable con aquella fase lunar donde esta desaparece de la vista del hombre y le deja preso de la oscuridad de la noche,

oscuridad propia del suelo terrestre que no tiene luz en sí. Lo llamo fase cuaresmal de Dios porque en ella el creyente entra en la experiencia de ser desierto en sí, él y toda la realidad. Los relatos de Israel en el desierto son francamente ilustrativos de esta experiencia. En el capítulo 15 del libro del Éxodo se ve claramente el tránsito de una experiencia a otra. En un primer momento, se describe la experiencia de la recepción de la vida dada a través de la liberación del sometimiento mortal a Egipto y el paso del mar Rojo. Esta experiencia se describe a través de un canto de alabanza que abarca los versículos del 1 al 21. El segundo momento comienza después del versículo 22 que sirve de pequeña transición. A partir del versículo 23 aparece la experiencia del desierto y el pueblo se enfrenta a que la vida recibida es una vida que no tiene su fuente en sí misma y que debe afrontar la propia pobreza existencial. El episodio de Mará en este texto explicita la necesidad de la fe y la obediencia para alcanzar una plenitud que nunca se ve cumplida en el presente, pero que de cuando en cuando, deja alguna señal de su futuro, como afirma el último versículo (v.27) que parece describir la tierra aprometida más que el desierto que deberán aún atravesar.

Dios se manifiesta en esta “fase cuaresmal” como ausente y, solo a través de una decisión creyente, en el espacio de su propia finitud acachada por el mal, se podrá leer una presencia escondida que solo después se revela auténticamente real: la nube que les guiaba, la roca-manantial que les acompañaba, la fuerza que les llevaba como en alas de águila.

¿Para qué este tiempo?, ¿no es en ocasiones tan sumamente agónico que parece injusta cualquier explicación que lo haga necesario? Seguramente nadie debería dar un tipo de explicación que lo justificara de antemano creando una especie de teodicea que salvara a Dios demasiado deprisa<sup>14</sup>. Estas teologías tienden a hacerse impertinentes, como se puede ver en los discursos de los amigos de Job. Sin embargo, esta experiencia es presentada por algunos que la han atravesado como marco verdadero

---

<sup>14</sup> “No se trata –dice Johann Baptist Metz– de que la teología intente llevar a cabo, con retraso y cierta obstinación, «una justificación de Dios» a la vista del mal, el sufrimiento y la maldad en el mundo. Más bien se trata –y, por cierto, de forma exclusiva– de la pregunta acerca de cómo se debe hablar de Dios a la vista de la inescrutable historia de sufrimiento del mundo, de «su» mundo. A mi juicio, esta pregunta es la pregunta de la teología; no puede ser eliminada de ella ni respondida nunca de manera concluyente. Es la pregunta escatológica, la pregunta para la que la teología no debe buscar tanto una respuesta que todo lo reconcilie cuanto un lenguaje siempre nuevo que impida que sea olvidada” (*Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Maliaño 2007, 18-19).

de realización de su más plena humanidad, llevándolos a comprender quiénes son, no solo en cuanto seres habitados por la nada, sino en cuanto llamados y acogidos por la eternidad de Dios que protege su ser y le da una forma que no se encuentra en ningún otro lugar.

La fase lunar que nos sirve de símil se denomina luna *nueva*, lo cual es bastante significativo, pues apuntaría, aplicada a este espacio de ausencia de Dios, a la manifestación de una novedad imposible de descubrir bajo su presencia plenificadora. Por eso, quien ha atravesado esta fase cuaresmal de Dios esta se termina presentando como una noche que conduce a la aurora, una noche que lleva consigo una claridad nueva, una oscuridad luminosa<sup>15</sup>.

El ser humano puede encontrar en este espacio la *humildad* radical, es decir, el reconocimiento de la relatividad de su ser y la conciencia de que toda aspiración a superar esta relatividad está destinada a la agonía sufriente que impone todo orgullo existencial. Además, este espacio remite al creyente a identificar su ser como acontecimiento dado a sí, es decir, al reconocimiento de que su existencia no se puede presuponer, sino que es fruto de una donación originaria y gratuita que le marca como elegido. Esta experiencia incluye en el momento del máximo despojo, la experiencia de la máxima confianza en la elección de amor y, por tanto, puede consumir la experiencia de la *gracia*. Por último, este espacio invita a dejar que Dios se muestre no simplemente como otro, sino en nuestro propio ser al invitarnos a tomar su propia forma divina como nuestra, la forma del amor-cuidado sobre la realidad que se descubre entonces ante

---

<sup>15</sup> Citando a la carmelita Constance Fitzgerald en una reflexión sobre san Juan de la Cruz, comenta Robert J. Wicks: “Psicólogos, teólogos, poetas y músicos nos aseguran que un camino sin salida puede ser la condición necesaria para el crecimiento y la transformación creativa siempre que nos apropiamos plenamente de la experiencia, siendo conscientes de ella y aceptándola en cuerpo y alma, siempre que las limitaciones propias y la condición humana se afrontan honradamente y permitimos a la aflicción que por el hecho de ser limitados invada el espíritu humano con falta de energía real y existencial; siempre que el ego no pida comprensión en nombre del control y de lo que es posible que suceda, sino que admita el misterio de su propio ser y entregarse a este misterio; siempre que el sendero hacia lo desconocido, a lo incontrolado y a los impredecibles márgenes de la vida se toman libremente” (*Vivir con seguridad en un mundo angustiado*, Valencia 1995, 89. Hemos modificado un poco la traducción. El original puede encontrarse en: [https://www.baltimorecarmel.org/wp-content/writings/CF\\_Impasse\\_and\\_Dark\\_Night.pdf](https://www.baltimorecarmel.org/wp-content/writings/CF_Impasse_and_Dark_Night.pdf), pag. 96). Cf. también W. STINISSEN, *Una noche clara como el día. El mensaje sanjuanista de las “noches”*, Burgos 2010, 105-129: “Tras la noche llega la aurora”; y J.D. Gaitán, “Noche, oscuridad, tiniebla y Dios”, *Revista de espiritualidad* 57 (1998) 399-430.

nosotros como necesitada en nuestra propia necesidad. Aparece así un lugar de encuentro íntimo de toda la humanidad, la fraternidad radical.

Como hace con la cuaresma litúrgica misma, el creyente tiende a difuminar esta experiencia escondiéndola en palabras, ritos y gestos que pronunciando la realidad le separan de ella. Nadie queremos pasar por este momento que, sin embargo nos pertenece y, por eso y de continuo, construimos con los aspectos amables de Dios una religión que termina por ser falsa, porque protegiéndonos de nuestros miedos nos deja expuestos, sin ayuda, a aquello a lo que precisamente tenemos miedo<sup>16</sup>. En este mismo sentido, hace poco encontraba en internet una pequeña reflexión sobre la pandemia que decía: “Estamos aprendiendo a vivir con lo esencial, a extrañar a los demás, a ser agradecidos, a depender de Dios”. Aunque frente a ella hay que preguntarse: ¿realmente estamos aprendiendo?

¿Cuál sería pues el camino del creyente cuando parece que no hay camino? ¿Cuál sería la relación del creyente con Dios cuando parece que ya no hay relación ni Dios? Con estas preguntas pasamos al siguiente apartado de nuestra reflexión.

## **El camino creyente**

En un primer momento nos detendremos en las vías erradas que una y otra vez tomamos los hombres y que nos separan de un encuentro personal con Dios donde este se haga verdadero no solo en las afirmaciones que hacemos sobre él, sino en su realidad verdadera. Posteriormente presentaremos las dimensiones del camino derivado de una lectura atenta de lo mejor de la tradición de fe.

### *Las vías erradas*

La primera de ellas es la *mirada atrás* paralizante. Esta mirada coincide, en el símil que venimos utilizando, con el intento de vivir solamente bajo la luna *llena*, es decir, bajo lo que hemos descrito como presencia de Dios percibida en nuestra vida y vitalidad, fuerza y creatividad, afirmación y sobreabundancia sobre las limitaciones, como si estas fueran caracterís-

---

<sup>16</sup> Esta es la razón por la que Kierkegaard afirmaba que, cuando en apariencia sus afirmaciones sobre la desesperación parecen sombrías, en realidad pretenden lo contrario. Esta reflexión “trata de iluminar lo que generalmente se abandona por oscuro. No es deprimente. Al contrario, eleva, puesto que ve cualquier ser humano a la luz de su destino, de la llamada que se le hace desde lo más alto para que se espiritualice” (citado por Clare CARLISLE, *El filósofo del corazón: La inquieta vida de Sören Kierkegaard*, Barcelona 2021, 99).

ticas que nos definen sin su reverso creatural tal y como se manifiesta en la historia de continuo: limitación y muerte, vulnerabilidad, impotencia y humillación. Este intento de ser sin asumir la pobreza existencial que nos habita ha llevado al hombre, a lo largo de la historia, a crear un mundo sometido a una voluntad de dominio individual y social que no le deje expuesto a su no-ser por sí. Esto ha hecho que la vida se convierta en un intento de aniquilar todo lo que nos recuerde nuestra debilidad y pobreza, un intento que deriva siempre en prepotencia sobre los otros y sobre la misma creación. “Volver a la normalidad”, frase que se ha hecho tópica en nuestra sociedad en tiempos de COVID, en el fondo no solo habla de volver a una vida real, sana, cordial, sino a la vida donde se intentaba disimular con medios que nos ha arrebatado la pandemia, lo *normal* de nuestra vida. En este sentido afirmaba la activista y poeta Sonya René Taylor:

“No volveremos a la normalidad. La normalidad no existía. Nuestra existencia previa al coronavirus no era normal, salvo en normalizar la codicia, la inequidad, el agotamiento, la extracción, la desconexión, la confusión, la ira, el acaparamiento, el odio y las carencias. No debemos anhelar ese regreso. Tenemos una oportunidad para hacer otras cosas, que se ajusten a toda la humanidad y a la naturaleza”<sup>17</sup>.

Esto significa que la vida, también la del creyente, ni puede, ni debe quedar intacta en estas situaciones que suponen para ella una prueba, impuesta por el propio ser, para avanzar hacia la relación verdadera con Dios y consigo mismo. Por eso, este momento debe convertirse en una estación de discernimiento que requiere sobre todo una fe resistente, no solo un creer sino un querer creer en el camino ofrecido por la Palabra cuando este aparece sin una salida perceptible. Pero además requiere identificar las tentaciones que tienden a ofuscar la verdad de nuestro ser protegiéndolo con ídolos, tal y como se ve en la descripción que hacen Mateo y Lucas de las tentaciones de Jesús. En este sentido, ha circulado por las redes una afirmación de David Hollis que dice: “En la prisa por

---

<sup>17</sup> Citado en el blog Philip Chircop, S.J. <https://www.philipchircop.com/>. En el ámbito teológico muchos han recogido esta idea; baste citar a George Augustin: “La crisis pone en evidencia lo que antes de ella no estaba en orden en nuestra vida y en nuestro mundo. No sabemos todavía cuánto va a durar. Pero lo que sí deberíamos saber es que tras la crisis no debemos regresar a la antigua normalidad”. (“Dar testimonio de la vida en un mundo de muerte”, en: W. KASPER-G. AUGUSTIN, *Dios en la pandemia...*, 59).

volver a la vida normal, dedica un tiempo a considerar qué parte de lo que era normal merece la pena acoger de nuevo”.

La segunda vía errada es *la acusación*, cuyo *topos* bíblico es Mará y Meribá (Ex 17,1-7). Se trata de una desconfianza en Dios que se apoya en la experiencia que sea tenido de Dios como liberador: “¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?”, dice el pueblo acusando a Moisés y en él a Dios mismo. Una concentración en la presencia liberadora de Dios absolutizándola termina por convertirle en un Dios arbitrario que, al manifestarse una situación de pobreza y humillación, parecería indiferente o incluso enemigo. Esta experiencia de abandono se ensancha cuanto más grande ha sido la abundancia de los bienes recibidos y más densa la relación vivida, algo que no solo sucede en la relación con Dios, sino en nuestras propias relaciones personales. Por eso, como hemos podido comprobar a lo largo de este tiempo bajo el COVID, las acusaciones sociales han sido permanentes. Siempre y por cualquier cosa alguien tenía que haber un culpable. La vivencia de esta situación se hace más dramática justamente porque nuestra sociedad del bienestar nos ha acostumbrado con su protección a creer que nada puede ni debe separarnos de la vida en su exuberancia<sup>18</sup>.

Junto a estas dos vías muertas y pegada a ellas aparece la experiencia de *la idolatría* como una tentación concreta. La presencia de realidades, sean del tipo que sean, que prometen liberarnos de esa agónica sed de vida que padecemos en esos momentos. Estas propuestas son visibles, por ejemplo, en los populismos de todo color, en los que determinadas personas o grupos políticos se ofrecen como la panacea de una organización social en que los límites de la vida serían superados. Estas propuestas van de la mano de una acusación sistemática de todo lo demás, de forma que la propuesta se plantea como un todo o nada, ellos o la catástrofe, algo que ni siquiera Dios plantea, al menos el Dios cristiano, que promete la vida plena, pero en mediaciones fragmentarias que no eliminan el paso por el límite y la muerte. Por otra parte, estas ofertas idolátricas van unidas a los grandes intereses económicos que, de continuo, fomentan un consumismo desaforado que, por momentos, hace olvidar al hombre el aburrimiento, el tedio, el peso y la tristeza que la vida, siempre y en algún sentido, conlleva.

---

<sup>18</sup> Paolo Giordano recogía en su pequeño diario de pandemia, un ejemplo de esta reacción con estas palabras: “Mucha gente ha querido resumir la historia del virus en unas pocas palabras lapidarias: «En China comen animales asquerosos. Vivos, además» (*En tiempos de contagio*, Barcelona 2020, 48).

Como deja claro el mito de Fausto, toda realidad creada que promete eliminar la fragmentariedad, la limitación, el tedio de la vida, termina mostrándose demoniaca, pues encubriendo la verdad limitada de sus propuestas con sucedáneos momentáneos de “eternidad”, termina por atarnos a la muerte que nos es propia.

### *El camino cierto*

Antes de enumerar las dimensiones que posee el camino de fe en tiempos de crisis, creemos que es importante apuntar que este camino, como se podrá ver en nuestra presentación, es coincidente en muchas de ellas con un posible camino no creyente, aunque tenga peculiaridades radicalmente propias que le diferencian y que simplemente suponen una radicalización del mismo. Esto hace que estos momentos sean preciosos para reconocernos en nuestra común humanidad y muestren a los creyentes que es esta el lugar propio de la fe.

Por otra parte, es necesario decir que los muchos dolores con los que provocan las situaciones de crisis, los muchos y diferentes sufrimientos que ha provocado el COVID, y el COVID como uno de los muchos dolores de la humanidad, no son sino expresiones concretas del único gemido de la creación en su trance de nacimiento a la plenitud, como subrayó Pablo (Rom 8, 18-23). Por eso, es sobre todo en el sufrimiento donde nos reconocemos iguales, donde nos reconocemos miembros de una humanidad y una creación común que se busca sin terminar de encontrarse. Y, por eso, es quizá en los contextos de sufrimiento donde se nos ofrece la posibilidad de alcanzarnos en lo mejor de nosotros mismos.

Una tercera consideración, derivada de la anterior, es que el dolor que sufrimos es ya ante Dios una oración pronunciada por su Espíritu, una oración que le conmueve tal y como deja constancia, ya desde el mismo inicio de la creación, la sangre de Abel que habla ante Dios (Gn 4, 10) o el sufrimiento de Israel que es escuchado y visto por Dios como una llamada que activa su misericordia (Ex 3, 7-9). Esto corrobora la necesidad de no concentrarse excesivamente en las formas religiosas de la fe que, si bien son necesarias, pueden separarnos de la vida común donde Dios quiere encontrarnos. No sin razón Cristo mismo ofrecerá a través de su propio cuerpo el sacrificio salvífico.

Por todo lo anterior, quizá pudiéramos decir que el camino correcto es el que atraviesa por la escucha atenta del dolor en todas sus dimensiones: la personal, la social, la creatural y la teologal. Pero pasemos a explicitar este camino en sus elementos centrales.

El primer momento del camino creyente es *huir de la huida*, aceptar la situación, acogerla como parte del propio itinerario humano. Es evidente que no proponemos ningún quietismo espiritual. No estamos hablando aquí de obviar la necesaria implicación en la solución de los problemas que puedan afrontarse y eliminarse. Hablamos de la necesidad de entregarse a lo inevitable en una voluntad de vivirlo como propio. Es decir, aprender a dialogar con el propio sufrimiento y con la propia angustia, y aprender a dialogar con los demás y con Dios del propio sufrimiento y la propia angustia, y desde ellos. No existe una plantilla predefinida, una forma igual para todos de este camino. Se puede hacer en lucha como Job, en anhelo sufriente como san Juan o en reflexión y oración junto al cuerpo social que vive la noche oscura como hizo Bonhoeffer. Quizá haya que pasar por todos estos momentos, pero es necesario no escapar, no ocultarse a uno mismo lo que está sucediendo en su interior y en su entorno<sup>19</sup>. Para el creyente la atención a lo que sucede se convierte ya, como afirmaba Simone Weil, en una forma de oración primaria y en un lugar de encuentro con Dios mismo, más allá de que en un primer momento aparezca como un interlocutor ausente<sup>20</sup>. Para ello el creyente debe vivir de la fe y no de la subjetividad creyente, con la confianza en que, como decía santa Teresa de Jesús a sus hijas, estamos habitados por Dios en una hondura inasible, pero permanente<sup>21</sup>, incluso cuando el sentimiento vivido sea el contrario. Es necesario aprender a resistir en ausencia de sentido, dolor, llanto y oración ante el vacío y el peso de la vida, tal y como enseña María Magdalena en su visita al sepulcro. Es ahí donde se recibirá una nueva presencia mucho más intensa y real de la que se creía conocer (Jn 20,11-18)<sup>22</sup>. La es-

---

<sup>19</sup> Paolo Giordano comenta al iniciar su pequeño diario de pandemia: “No quiero perderme lo que la pandemia está revelando acerca de nosotros mismos”; y un poco más adelante: “El contagio es una invitación a reflexionar y el tiempo de la cuarentena nos brinda la ocasión de hacerlo” (*En tiempos de contagio...*, 12.57).

<sup>20</sup> Cf. María del Sol ROMANO, “Simone Weil: atención y oración”, *Caurensia* XI (2016) 697-712.

<sup>21</sup> “No nos imaginemos huecas en el interior” (*Camino de Perfección*, 28). Como se ve en la misma expresión, para santa Teresa este vacío es una *imaginación*, y no la verdad misma de nuestro ser.

<sup>22</sup> “No hay nada –decía Bonhoeffer en prisión– que pueda sustituir la ausencia de una persona querida, ni siquiera hemos de intentarlo; hemos de soportar sencillamente la separación y resistir. Al principio eso parece muy duro, pero, al mismo tiempo, es un gran consuelo. Porque al quedar el vacío sin llenar nos sirve de nexo de unión. Es equivocado decir que Dios llena ese vacío. Dios no lo llena en modo alguno, sino que preci-

critura ha sido una compañera habitual de esta soledad agónica que espera y no sabe muy bien si va a recibir respuesta<sup>23</sup>.

Un segundo aspecto que se nos ofrece vivir durante estos periodos es el de *sobrepasar la indiferencia* que nos separa, el de acoger y participar conscientemente en el nosotros común de la humanidad. Aprender, por tanto, aquello que afirma Isaías 58,7 y que es habitualmente para el creyente solo una afirmación teórica de su fe. El profeta, después de una lista de requerimiento sobre el trato a los sufrientes, resume todo ello, según traducción de Luis Alonso Schökel, como “no cerrarte a tu propia carne”. Es verdad que el propio sufrimiento, en un primer momento nos ensimisma, nos repliega sobre nosotros mismos y así está bien, pero no tarda mucho en darnos la oportunidad, si le dejamos, de vincularnos fraternalmente a los otros a través de una de las experiencias más personales y hondas de nuestra vida: la vivencia de nuestra vulnerabilidad.

Así pues, toda crisis, con sus dolores correspondientes, nos permite recuperar la fraternidad carnal que desde siempre hemos puesto en segundo lugar. Como hemos visto en la pandemia vivida, el dolor ha llevado a muchos a volcarse en los demás frente a “fraternidades” étnicas, ideológicas o de intereses particulares. El dolor excesivo y cercano ha conmovido a muchos hasta sacarles de la inercia ensimismada en la que habitualmente nos movíamos<sup>24</sup>. Aquí pueden inscribirse muchos movimientos de la fe. Uno de ellos es el tradicional *ofrecimiento de los sufrimientos por la salvación del mundo*, que quizá no sea más que la posibilidad que da la fe de interpretar los propios sufrimientos como expresión de una experiencia que proclama que solo caminamos en verdad comprendiéndonos y sosteniéndonos mutuamente en un fondo mucho más profundo del que expresan los gestos exteriores, un fondo que recupera en el dolor propio el dolor de todos como gemido común ante Dios, un fondo que nace del gemido del Espíritu de Cristo mismo. Pero también el de dar cuerpo a la imagen de Dios en nuestra vida a través de su

---

samente lo mantiene vacío, con lo cual nos ayuda a conservar –aunque sea con dolor–, nuestra auténtica comunión” (*Resistencia y sumisión...*, 130). Puede verse un testimonio vivo de esta idea en C.S Lewis, *Una pena en observación*, Barcelona 1994).

<sup>23</sup> El comienzo de la película *First Reformation* (*El Reverendo* en español), escrita y dirigida por Paul Schrader, ejemplifica especialmente bien esta función de atención orante en la escritura. Una escritura que acompaña al protagonista a lo largo de todo su proceso.

<sup>24</sup> “En tiempos de contagio somos parte de un mismo organismo; en tiempos de contagio volvemos a ser una comunidad” (P. Giordano, *En tiempos de contagio...*, 36).

forma propia de ser, la de ser amor y cuidado. Esta se expresa en lo que podríamos denominar perspectiva mariana, como compañía impotente ante el sufrimiento del otro haciéndole saber que no está solo, tal y como aparece María al pie de la cruz y con los discípulos en el cenáculo. Y en perspectiva samaritana, como cuidado concreto de las heridas que pueden ser sanadas en alguna medida<sup>25</sup>.

Por ofrecer dos testimonios significativos por su experiencia de Dios en medio de sufrimiento exterior y del sufrimiento y trabajo interior podríamos citar a Etty Hillesum<sup>26</sup> y a la madre Teresa de Calcuta, aunque es importante ver cómo esta perspectiva se ha concretado y se concreta habitualmente en mucha gente sencilla a la que se reconoce por la capacidad de escuchar, acoger y sostener que ha dejado en ellas la travesía por el propio dolor. En estos casos puede revelarse una experiencia paradójica, a saber, el vacío interior sentido, la ausencia de Dios vivida se convierte en presencia real de Dios a través de su propia vida ofrecida a

---

<sup>25</sup> Como puede fácilmente intuirse estas experiencias tienen traducción teórica y vital en un no creyente. Baste citar el libro de Marita Osés, *El virus que nos cambió*, Barcelona 2020, capítulo 3, en el que entre las posibilidades que descubre en esta situación subraya el paso de la inconsciencia a la responsabilidad; del individualismo a la solidaridad; de la indiferencia a la compasión. En perspectiva creyente puede verse el cuaderno de Cristianismo y Justicia, *El shock pandémico*, Cuadernos 221, Barcelona 2021, en el que se habla, en un sentido más sociopolítico, de algunos aprendizajes sociales en este sentido: el trabajo por el bien común y por los cuidados sostienen la vida; vulnerabilidad, empatía y percepción de límites; cooperación, solidaridad y diversidad para un nuevo proyecto global; y proteger los bienes públicos y comunes globales. Una pequeña síntesis, acertada e incisiva, a partir de los tópicos del lenguaje utilizados durante la pandemia aparece en “Pospandemia: una oportunidad para la fraternidad”, *Papeles* 256. Cristianismo y justicia, diciembre 2020 (<https://www.cristianismeijusticia.net/sites/default/files/pdf/papes256.pdf>).

<sup>26</sup> Merece la pena asomarse a su diario y a sus cartas escritas desde el campo de concentración de Westerbork. Valga este texto Tomado de *Una vida conmocionada. Diario 1941-1943*, Barcelona 2007, como referencia de un mundo y una vida donde Dios apenas se muestra, pero está absolutamente presente no solo ante ella, sino a través suyo: “*Estoy dispuesta a todo, me iré a cualquier lugar del mundo adonde Dios me envíe, y estoy dispuesta a testificar, en cada situación y hasta la muerte, que la vida es hermosa, que tiene sentido y que no es culpa de Dios, sino nuestra, que todo haya llegado a este punto (...). Y si Dios no me sigue ayudando, entonces tendré que ayudar yo a Dios (...). Solo una cosa es para mí cada vez más evidente: que tú no puedes ayudarnos, que debemos ayudarte a ti y así nos ayudaremos a nosotros mismos.* Es lo único que tiene importancia en estos tiempos, Dios: salvar un fragmento de ti en nosotros (...). Y con cada latido de mi corazón tengo más claro que tú no nos puedes ayudar, sino que debemos ayudarte nosotros a ti y que tenemos que defender hasta el final el lugar que ocupas en nuestro interior (135-143. Los subrayados son nuestros).

su entorno. Se trata de la configuración con Cristo crucificado como presencia entregada de Dios para la salvación de todos<sup>27</sup>.

Un tercer aspecto que aparece en estas crisis que impone el peso de dolor que acontece en la vida en determinados momentos es la posibilidad de *superar una fe infantil o idólatrica*. Es decir, la necesidad de acoger una presencia de Dios que, siendo el origen de todo bien, ofrece la salvación y no la resolución de cada problema que acontece en el itinerario de la vida con la única condición de que el creyente tenga suficiente fe o realice determinadas prácticas. Estas situaciones en las que ni la fe ni las prácticas de fe cambian la situación pueden ayudar a superar un providencialismo atávico que ha convertido a Dios, incluso con buena voluntad, en arbitrario en la concesión de bienes y males. El verdadero Dios no evita al ser humano el duro trance de su existencia concreta, limitada, dramática, agónica en ocasiones. Es más Dios mismo se ha revelado acogiendo esta vida hasta el grito de la cruz para acompañarle (Hb 5, 7-9).

Esta tentación puede verse expresada en los habitantes de Nazaret que no terminan de aceptar a Jesús si no resuelve sus problemas (Lc 4,22b-30) e igualmente en el rechazo de los discípulos, encabezados por Pedro, a subir a Jerusalén donde Jesús tenía que consumir su obra salvífica en medio de un aparente abandono de Dios y un claro rechazo de los hombres (Mc 8,31-33). Ya antes, en el camino del desierto, los israelitas se habían vuelto, escandalizados ante un Dios en apariencia ausente que parecía abandonarles a su suerte, a un dios de soluciones inmediatas, aunque no fuera otra cosa que la obra de sus manos, dejando de lado al Dios que estaba preparando su palabra como verdadero camino de vida (Ex 32).

Así pues, estas situaciones nos ponen ante el reto de mover nuestra fe hacia lo profundo, hacia un Dios conformante y consumidor cuyo don máximo es su Palabra, que se concreta finalmente en la vida de su Hijo,

---

<sup>27</sup> La obra *Ven, sé mi luz. Las cartas privadas de la Santa de Calcuta*, editada por Brian Kolodiejchuk, Barcelona 2008, muestra con claridad el lado de agonía creyente, de soledad ante Dios, que habita a Teresa y que no le impide hacer presente a Cristo samaritano, al que solo percibe en los dolientes desde los que le escucha clamar: “Tengo sed”. “Si alguna vez llego a ser santa –escribe al padre Neuner–, seguramente seré una santa de la oscuridad. Estaré continuamente ausente del cielo para encender la luz de aquellos que en la tierra están en la oscuridad” (282). En este mismo sentido, Bridget Edman, carmelita de Cape Town (Sudáfrica), presentaba a Teresa de Lisieux en *Roses have thorns* (Washington, D.C. 2002), una obra de teatro en la que recreaba dos encuentros con Nietzsche, donde muestra la solidaridad que vive el creyente a través de su propio sufrimiento y oscuridad con los ateos, y su invitación a recorrer juntos los caminos de una esperanza difícil, pero salvífica.

definitivo espacio de esta conformación y consumación. Un Dios que ha abierto la tierra prometida en la resurrección de su hijo, pero que no evita pasar por la cruz que conlleva la existencia y sus justas elecciones. En estos momentos sociales donde las ofertas, no solo seculares sino también religiosas, de corto alcance se han extendido y se reafirman aprovechando el sufrimiento de la gente, la recuperación de los místicos de la noche oscura se hace especialmente relevante<sup>28</sup>.

Pasamos ahora a un cuarto aspecto que podríamos denominar *alzar la voz a Dios y la voz de Dios*. Nos referimos a que estos momentos de sufrimiento, sea cual sea la causa se convierten en momentos propicios para profundizar en la dimensión orante e intercesora de la vida creyente, así como de su dimensión profética. Como ya hemos apuntado, el dolor es ya en sí mismo una oración, en cuanto que provoca una relación con Dios más allá de que el sufriente lo perciba. Pero además el sujeto siente, como una de las dimensiones de su dolor, la impotencia para afrontarlo solo, de forma que no solo busca ayuda en las relaciones humanas, muchas veces ellas mismas impotentes como él mismo, sino en el misterio de Dios. Los salmos están atravesados por esta dimensión de la oración, la súplica, nacida de lo más íntimo del corazón del hombre, y son un buen compañero en este trecho del camino<sup>29</sup>. George Augustin afirma, en este sentido, que “en tiempos de crisis quizá es mejor que hablemos menos de Dios con la gente y más con Dios de la crisis”<sup>30</sup>. A esto se añade, la oración de intercesión que se convierte en un espacio que nos reúne más allá de nuestras afinidades personales, pues toca lo que radialmente nos une, la misma carne vulnerable, sufriente, mortal. Esta intercesión debería ir unida a una “composición de lugar”, es decir, a rezar no solo por el otro, sino con el otro, desde su situación, acercándose imaginativamente a ella para dejar que la propia sensibilidad se abra a la compasión fraternal. Dicho de otra manera, la intercesión no debería reducirse a decir una frase ante Dios por el otro, por más que esta esté llena de buena voluntad.

---

<sup>28</sup> Puede hacerse referencia por ejemplo a Edith Stein que, en el Carmelo de Echt, rodeada de la amenaza nazi que terminará finalmente con su vida, escribe un tratado sobre la noche en san Juan de la Cruz titulado *Ciencia de la cruz*, Burgos 2006.

<sup>29</sup> “¿Hasta cuándo me tendrás olvidado, Señor? ¿Eternamente? ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro? ¿Hasta cuándo mi alma estará acongojada y habrá pesar en mi corazón, día tras día?” (Sal 13,2-3). Cf. Paul BEAUCHAMP, *Los salmos día y noche*, Madrid 2018, 51-84: “Súplica”.

<sup>30</sup> G. AUGUSTIN, “*Dar testimonio de la vida...*”, 68.

En segundo lugar, es necesario *alzar la voz de Dios*, que ve el sufrimiento de su pueblo ante la indiferencia o incluso la complicidad de aquellos a los que les va bien. Es necesario que el creyente alce la voz que Dios ha dirigido desde siempre a los hombres y que tantas veces está silenciada por nuestros propios intereses: “¿Dónde está tu hermano?” Estas situaciones de crisis global, como la vivida en la pandemia COVID, son propicias para dejar que Dios rompa todas las argumentaciones (sociales, económicas y políticas) con las que nos defendemos diciendo: “¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?”. Es necesario que el creyente, especialmente el que posee una vida tranquila, perciba, y la pandemia lo ha hecho ver a muchos al sufrirlo en primera persona, hasta qué punto el dolor habita de manera habitual en grandes capas de la población, que además padecen estas situaciones en forma redoblada: las que sufren violencia de género la sufren más aún con el confinamiento, los sin techo se hacen más intocables aún, los chavales de familias pobres agravan su situación de aprendizaje... y así podríamos seguir.

En este sentido en nuestras sociedades del bienestar es necesario que el creyente, que tan fácilmente se acomoda cuando posee un determinado nivel de vida, deje que se alce la voz de Dios primero hacia sí mismo, para que la Iglesia despierte del sueño de su cristianismo burgués y ritualista.

Un último aspecto que quisiéramos subrayar es que el creyente está llamado a *vivir de la fe y no del sentimiento de fe*, algo que se hace especialmente difícil y a la vez posible en estas situaciones de crisis existencial. El sentimiento de fe suele estar unido a prácticas devocionales que “nos llenan”, en las que sentimos determinada paz, sosiego, protección. Además, no es extraño que este sentimiento vaya unido, como es normal, a la vivencia de una fe que se apoya en los dones recibidos de Dios y se haya vinculado a ellos de manera casi exclusiva. Ahora bien, como hemos visto, el COVID ha roto casi todas las seguridades con el sufrimiento que ha causado a tantos, de una u otra manera, y el miedo que ha dejado en todos. Y además nos ha privado de la posibilidad de practicar muchas de las devociones a las que estaba vinculada la fe. Más aún, nos ha privado de ese acontecimiento central de la fe que es la celebración de la eucaristía. No es extraño que esto erosione la misma fe que estaba demasiado apoyada en la propia vida, o para decirlo con un lenguaje que no es asumible del todo, pero que apunta en buena dirección en la religión y no tanto en el misterio de Dios mismo y su palabra. Podríamos remitirnos a la queja de Israel cuando, en relación a sus expectativas, su vida y sus

celebraciones están tan venidas a menos en la vuelta del exilio: “Dijo Sión: Dios se olvidó de mí. Pero, ¿puede una madre olvidarse de su hijo? Pues aunque una madre lo hiciera yo no me olvido de ti. Te tengo tatuado en la palma de mi mano” (Is 49,14-15).

En estos momentos la fe debe concentrarse en la lógica del misterio pascual en el que hemos sido insertados por el bautismo, de forma que asuma en sí que la oscuridad vivida es solo un aspecto de la relación total que Dios entabla con nosotros. Debe recordar que el espacio de nuestra vida está fijado en Dios mismo desde que hemos sido unidos a Cristo por su Espíritu, tal y como dice Pablo en la carta a los Romanos al afirmar que hemos recibido no un espíritu de temor sino de confianza en que Dios es nuestro padre y poseemos en herencia la misma posición filial de Cristo en Él (8,15-18). O como afirma la carta a los Colosenses, cuando llama al creyente a no desviar su camino seducido por la lógica del mundo, sino a vivir desde la fe en que su vida está con Cristo escondida en Dios. Y que cuando aparezca Cristo, esta vida, aparecerá gloriosa, juntamente con Él (Col 3,3-4).

Así pues, estos momentos son propicios para “entrar más adentro, en la espesura” de la fe, arraigarse en el misterio de Dios mismo, al único sitio donde se revela la salvación real que es la participación en la vida de Cristo, y no a simples golosinas religiosas para hacernos la vida más agradable<sup>31</sup>.

En este camino es francamente significativa la experiencia de Juliana de Norwich, que algunos han puesto en circulación en este tiempo, en especial en el confinamiento más duro<sup>32</sup>. El lugar de su experiencia mis-

---

<sup>31</sup> Mucho habría que decir de la espiritualidad de los presbíteros (especialmente los jóvenes, aunque no solo) que, en un porcentaje significativo, se lanzaron a las redes a crear formas de devoción no siempre adecuadas, y que en ocasiones no hacía más que esconder una fe que no quiere adentrarse en la oscuridad solitaria donde se encuentra la verdadera solidaridad humana y la presencia última de la verdad de Dios. Pueden verse mis reflexiones a este respecto en:

<http://www.entretiempodefe.es/ritoeucaristicoysereucaristico.pdf>. Cf. igualmente T. HALIK, “Ayunar de religión como camino para profundizar en la fe”, en: W. KASPER-G. AUGUSTIN, *Dios en la pandemia...*, 94-97.

<sup>32</sup> Cf. Por ejemplo, el pequeño y sabroso artículo de Rosa Ruiz, “Un diálogo imaginado con Juliana de Norwich”, en *Vida nueva* (<https://www.vidanuevadigital.com/blog/un-dialogo-imaginado-con-juliana-de-norwich-rosa-ruiz/>). Colgado el 8-5-2020). Cf. la presentación que hace de esta mística el libro, recientemente reeditado y ampliado, de Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior: Mística femenina en la Edad Media*, Barcelona 2021, 241-268: “Juliana de Norwich: «Todo acabará bien»”.

tica es una enfermedad que la pone en manos de la muerte y de la que comienza a recuperarse cuando un sacerdote coloca un crucificado entre sus manos. Parece que es cuando deja de luchar contra la muerte al comprender la ternura del amor crucificado de Cristo por ella, cuando es devuelta a la vida para que acompañe con este mensaje: “Todo irá bien, y todo irá bien, y toda clase de cosas irán bien”, que no debe reducirse a una afirmación ingenua e irreal de que todo se solucionará, sino que debe leerse más bien como una reedición de la aclamación paulina:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; <sup>36</sup>como está escrito: Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. <sup>37</sup>Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. <sup>38</sup>Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, <sup>39</sup>ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (8,35-39).

O de aquella afirmación del Jesús joánico con la que cierra el capítulo 16 el evangelio de Juan, capítulo que meditado con paciencia puede hacerse tan fecundo en estos tiempos:

“Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas, pero tened valor: yo he vencido al mundo” (v. 33).

Su vida encerrada, después de conocer en primera persona el dolor agónico ante la muerte, va a convertirse en una meditación que guarda el mensaje de luz evangélica para su entorno, de forma que se convierte en un foco de esperanza para un entorno plagado de guerras y pestes, con la pobreza que traen siempre consigo.

He aquí el camino, que tantos han recorrido de forma igualmente dramática, convirtiéndose en luminarias del mundo<sup>33</sup>. Quizá todos sabe-

---

<sup>33</sup> No puedo dejar de citar el caso de Gregoire Ahongbonon, natural de Benín, y que después de atravesar los infiernos de la desesperación y la vida sin hogar, y ser encontrado por Dios, se ha convertido en un activista social en favor de los enfermos mentales, objeto de rechazo y maltrato en su país. Merece la pena ver el documental “Los olvidados de los olvidados” de *La noche temática* de RTE (<https://www.youtube.com/watch?v=OAVo2O06qVc>).

mos que los que mejor acogen, escuchan y acompañan son aquellos que, atravesando el sufrimiento, han encontrado las fuentes de la esperanza. Es este camino pascual hacia las fuentes, camino difícil pero fecundo como pocos, el que se nos brinda en estos momentos.

Termino sintetizando este camino en tres movimientos que se realizan en distintos niveles de la vida creyente. Movimientos que podríamos llamar dinámicas creyentes para tiempos COVID o para tiempos de crisis existenciales de cualquier tipo. Añado finalmente un texto que nos insertan en esta dinámica.

- Silencio-escucha (exterior e interior)-intimidad-oración (Escritura).
- Resistencia-compañía mutua-proximidad.
- Fe-esperanza-oración común.

“En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado” (Hb 12,1-4a).

Francisco GARCÍA MARTÍNEZ  
*Universidad Pontificia (Salamanca)*

